
ACTO II.

Paisaje rodeado de peñascos.

ESCENA PRIMERA.

TALBOT y LIONEL, generales ingleses; FELIPE, DUQUE DE BORGÑA; el caballero FALSTOLF y CHATILLON, con soldados y banderas.

TALBOT.—Hagamos alto al abrigo de estas rocas, y fortifiquemos aquí nuestro campamento; acaso reunamos de nuevo los batallones fugitivos, que el primer horror ha diseminado. Poned buenos centinelas y ocupad las alturas. La noche, en verdad, impide que nos persigan, y, á no tener alas el enemigo, no espero que nos ataque... Sin embargo, es preciso estar prevenidos, porque nos las habemos con gentes osadas, y nos han derrotado. (Vase Falstolf con los soldados.)

LIONEL.—¡Derrotados! No pronunciéis esa palabra, General. No quiero ni aun pensar que los franceses han visto hoy las espaldas á los ingleses... ¡Oh Orleáns, Orleáns! ¡Tumba de nuestra gloria! ¡En estos campos queda enterrado el honor de Inglaterra! ¡Vergonzosa y ridícula derrota! ¡Quién lo creerá en el tiempo venidero? ¡Los vence-

dores de Poitiers, de Crecy y de Azincourt, humillados por una mujer!

EL DUQUE DE BORGÑA. — Eso debe consolarnos. No nos han vencido los hombres, sino el demonio.

TALBOT. — El demonio de nuestra locura... ¿Cómo, Duque? ¿El espectro que asusta al populacho, asusta también a los Príncipes? La superstición es un manto, incapaz de cubrir vuestra cobardía... Vuestras tropas huyeron las primeras.

EL DUQUE. — Nadie resistió. La huida fué general.

TALBOT. — ¡No, señor! Comenzó en vuestra ala. Os precipitasteis en nuestro campamento, gritando: «El diablo anda suelto; Satanás pelea en favor de Francia.» Así llevasteis la confusión á los nuestros.

LIONEL. — No lo podéis negar. Vuestra ala cedió la primera.

EL DUQUE. — Porque el primer ataque se dirigió contra ella.

TALBOT. — La Doncella conocía la debilidad de esa parte de nuestro campamento, y la susceptible de miedo.

EL DUQUE. — ¿Cómo? ¿Los borgoñones han de ser los culpables del desastre?

LIONEL. — Si hubiéramos estado solos nosotros, los ingleses, como hay Dios, no perdemos á Orleáns.

EL DUQUE. — No... porque jamás la hubieseis visto. ¿Quién os abrió el camino de este Reino, os tendió una mano amiga y leal, cuando desembarcasteis en esta tierra extraña y enemiga? ¿Quién coronó á vuestro Enrique en París, y os atrajo los corazones de los franceses? ¡Por el cielo! Si este fuerte brazo no os hubiese traído aquí, nunca hubieseis visto subir el humo de una chimenea francesa.

LIONEL. — Si las palabras ostentosas valieran lo que las grandes hazañas, á vos sólo se debería la conquista de toda Francia.

EL DUQUE. — Estáis descontento porque se os escapa Orleáns, y descargáis en mí vuestra cólera, siendo vuestro aliado. ¿Por qué no hemos tomado á Orleáns, sino por vuestra codicia? Pronta estaba á entregarse, y sólo vuestra envidia lo ha estorbado.

TALBOT. — No la hemos puesto sitio por vos.

EL DUQUE. — ¿Y qué sería de vosotros, si me llevase mis tropas?

LIONEL. — No nos encontraríamos peor, creedme, que en Azincourt, cuando os vencimos con toda Francia.

EL DUQUE. — Sin embargo, mucho os importaba mi alianza, cuando tan cara la ha comprado vuestro Regente.

TALBOT. — Sí, cara; cara la hemos pagado hoy ante Orleáns á costa de nuestro honor.

EL DUQUE. — No habléis más, milord, por que pudierais arrepentiros. ¿He desertado de las banderas de mi legítimo Soberano, he incurrido en la nota de traidor, para sufrir tales insultos de extranjeros? ¿Qué tengo que hacer aquí? ¿Á qué combatir contra Francia? Para servir á ingratos, prefiero hacerlo á mi señor natural.

TALBOT. — Estáis en tratos con el Delfín, lo sabemos; pero ya veremos el medio de guardarnos de vuestra traición.

EL DUQUE. — ¡Muerte é infierno! ¿Así se me trata? ¡Chatillon! Que mis tropas se apresten para la marcha. Nos volvemos á nuestro territorio. (Vase Chatillon.)

LIONEL. — ¡Buen viaje! Nunca brilla tan el valor de los ingleses como cuando, fiados sólo en su buena espada, combaten sin auxilio ajeno. Que cada cual defienda su propia causa. Verdad eterna será siempre que jamás se unían con sinceridad ingleses con franceses.

ESCENA II.

LOS MISMOS y la Reina ISABEL, acompañada de un PAJE

ISABEL. — ¿Qué oigo, señores capitanes?... ¡Deteneos! ¿Qué planeta maléfico infunde en vosotros tanta insensatez? Ahora, en que la unión sola puede salvarnos, ¿queréis que os separe el odio, y acelerar nuestra ruina, disputando unos con otros?... Suplícoos, noble Duque, que retiréis esa orden precipitada... Y vos, ilustre Talbot, aplacad al amigo ofendido. Ayudadme, Lionel, á calmar estos caracteres orgullosos, y á reconciliarlos entre sí.

LIONEL. — Yo no, señora. Pienso como ellos en todo. Lo que no puede estar unido, debe separarse. Es lo mejor.

ISABEL. — ¿Cómo? Las artes diabólicas, que tanto daño nos han hecho en la pelea, ¿han de enloquecernos y extrañarnos también ahora? ¿Por quién comenzó la disputa? ¡Hablad!.. Noble lord ¿habréis sido capaz de obrar contra vuestro propio interés, insultando á un aliado importante? ¿Qué podréis intentar sin su ayuda? A él debe su trono vuestro Rey, y en su mano está derribarlo, si le agrada. Sus tropas, y aún más su nombre, os sostienen. Aunque toda Inglaterra desembarcase á todos sus hijos en nuestras costas, no podría subyugar este reino, si estuviera unido. Sólo Francia puede vencer á Francia.

TALBOT. — Sabemos honrar á un amigo fiel; pero preverse contra el falso, es un deber de prudencia.

EL DUQUE. — Quien es pérfido bastante para no agradecer los beneficios recibidos, bien puede hacer alarde de llevar en su frente el estigma impudente de la mentira.

ISABEL. — ¿Es posible, noble Duque, que de tal modo os

olvidéis de vuestro oprobio, y de vuestro honor de Príncipe, y deis vuestra mano á quien con la suya asesinó á vuestro hermano? ¿Seríais insensato hasta el extremo de creer en la posibilidad de una reconciliación sincera con el Delfín, á quien habéis arrastrado al mismo borde del precipicio? ¿Os proponéis acaso detenerlo, cuando tan próximo se halla á caer en el abismo, y llevaréis vuestro delirio hasta el extremo de destruir vuestra propia obra? ¡Aquí están vuestros amigos! Vuestra salvación depende solo de vuestra estrecha alianza con Inglaterra.

EL DUQUE. — Lejos está mi ánimo de hacer la paz con el Delfín, pero no puedo sufrir el desprecio, el orgullo y la insolencia de los ingleses.

ISABEL. — Venid y desvaneced los efectos de palabras harto irreflexivas. Grave es el disgusto que aflige al General, y la desdicha, como sabéis, hace injusto. ¡Venid! ¡venid! Abrazaos; dejad que yo cierre y cure con rapidez esta herida, antes que se haga crónica.

TALBOT. — ¿Qué pensáis, Duque? Los corazones nobles se someten de buen grado á la razón. La Reina ha hablado con cordura. Que se junten nuestras manos, y sanen la herida ligera, que ha causado mi lengua.

EL DUQUE. La Reina ha pronunciado palabras discretas, y mi justa cólera cede á la necesidad.

LA REINA. — ¡Bien! que un abrazo fraternal selle la renovación de vuestra alianza, y que el viento se lleve lo que antes dijisteis (El Duque y Talbot se abrazan.)

LIONEL. (Aparte, y mirando el grupo.) — ¡Viva la paz, debida á una furia!

ISABEL. — Hemos perdido una batalla, Generales, porque la fortuna nos fué adversa; pero que no sea causa bastante para que decaiga nuestro valor. El Delfín desespera de la protección del cielo, y llama en su auxilio las artes de Satanás. Vanamente se ha condenado, por que ni

el mismo infierno ha de salvarlo. Una doncella victoriosa guía el ejército enemigo, y yo quiero guiar el vuestro, y ser vuestra profetisa, como lo es la doncella para nuestros adversarios.

LIONEL.—¡Volved á París, Señora! Queremos vencer con vuestras bien templadas armas, no con la ayuda de mujeres.

TALBOT.—¡Idos! ¡Idos! Desde que estais en nuestro campamento, todo está revuelto, y la bendición divina no acompaña á nuestras armas.

EL DUQUE.—¡Idos! Vuestra presencia no trae aquí ventaja alguna. Los soldados no os miran con buenos ojos.

ISABEL. (Mirando á todos atónita.) ¡También vos, Duque? ¿Os declararéis contra mí con estos lores ingratos?

EL DUQUE.—Tened entendido que el soldado pierde sus bríos al pensar que ha de combatir en vuestro favor.

ISABEL.—Cuando con trabajo he logrado restablecer entre vosotros la concordia, ¿os unís todos contra mí?

TALBOT.—¡Andad! ¡andad con Dios, Señora! ni á los diablos temeremos si estáis lejos de nosotros.

ISABEL.—¿No soy acaso vuestra fiel aliada? Vuestra causa ¿no es la mía?

TALBOT.—Pero la vuestra no es la nuestra. La guerra en que estamos empeñados es honrosa y leal.

EL DUQUE.—Yo vengo el sangriento asesinato de un padre. La piedad filial santifica mi participación en la guerra.

TALBOT.—Hablemos claramente. Vuestra conducta con el Delfín ni es loable para los hombres, ni está conforme con las leyes divinas.

ISABEL.—¡Que sea maldito hasta su décima generación! ¡Ha sido criminal con su madre!

EL DUQUE.—Vengaba á un padre y á un esposo.

ISABEL.—Se erigió en juez de mis actos.

LIONEL.—No era en un hijo prueba de respeto.

ISABEL.—Me condenó al destierro.

TALBOT.—Por satisfacer á la opinión pública.

ISABEL.—¡Que caiga la maldición divina sobre mí, si alguna vez lo perdono! Antes que reine en los dominios de su padre...

TALBOT.—¿Sacrificaréis el honor de su madre?

ISABEL.—No conocéis, oh almas débiles, lo que puede una madre ofendida. Yo amo á quien me hace bien, y aborrezco á quien me ultraja; y si este último es mi hijo, concebido en mi propio seno, lo detesto mucho más. Quisiera privar de la existencia al que la di, puesto que con su orgullo deshonroso y punible ha insultado á la madre que lo crió. Vosotros no tenéis razón ni derecho para robarle lo suyo. ¿Cuál ha sido la falta grave, que ha cometido el Delfín contra vosotros? ¿Qué deber ha violado? Yo puedo odiarlo, porque es mi hijo.

TALBOT.—¡Bien! Por su venganza conocerá á su madre.

ISABEL.—¡Hipócritas, miserables! ¡Cuánto desprecio me inspiráis, engañándoos á vosotros mismos, y al mundo! Vosotros, ingleses, extendéis vuestras manos rapaces hacia Francia, cuando no os asiste ni razón ni pretexto para apoderaros de lo que señala en la tierra sólo un casco de caballo... Y este Duque, que consiente que le apelliden el Bueno, ha sido traidor á su patria y á la herencia que recibió de sus antepasados, vendiéndola al enemigo de su país y á señores extraños... La justicia es para vosotros indiferente. Yo desprecio la hipocresía. Me presento al mundo tal como soy.

EL DUQUE.—¡Es cierto! Habéis sostenido con firmeza vuestra buena fama.

ISABEL.—Como otra cualquiera tengo pasiones, un carácter vehemente, y me propongo vivir aquí como Reina, no en la apariencia. ¿No ha de existir la alegría para mí, por-

que una suerte adversa haya confiado á un esposo insensato mi juventud, naturalmente fogosa y ávida de placeres? Prefiero la libertad á la vida, y cualquiera que á ella atente... Pero ¿á qué discutir con vosotros sobre mis derechos? La sangre corre espesa por vuestras venas, y no conocéis lo que son goces, sino sólo la cólera. Y ese Duque, que ha vivido siempre vacilando entre el bien y el mal, no es capaz de amar ni de aborrecer de corazón... Voy á Melún. Dadme ese caballero (Señalando á Lionel.) que me acompañe y distraiga. Me agrada, y haced vosotros lo que os plazca. Nada me interesan borgoñones ni ingleses. (Hace una señal á sus pajes, é intenta alejarse.)

LIONEL.—¡Dejadnos en paz! Os enviaremos á Melún los más hermosos mancebos que hagamos prisioneros.

ISABEL. (Volviéndose.)—Vosotros sólo sabéis esgrimir la espada con esfuerzo, y sólo los franceses decir bellas frases. (Vase.)

ESCENA III.

TALBOT, el DUQUE y LIONEL.

TALBOT.—¡Qué mujer!

LIONEL.—Ahora, caballeros, ¿qué pensáis? ¿continuamos nuestra retirada, ó, con un ataque rápido y osado, borramos el oprobio de este día?

EL DUQUE.—Somos harto débiles; las tropas están diseminadas, y demasiado reciente el pavor de los soldados.

TALBOT.—Un miedo infundado nos ha vencido, ó la impresión repentina del momento. Cuando se contemple más de cerca ese fantasma temeroso de una imaginación extraviada, desaparecerá como la espuma. Opino, pues, que

el ejército repase el río, al romper la aurora, y que ataquemos al enemigo...

EL DUQUE.—Reflexionad...

LIONEL.—Con vuestro permiso, nada hay que reflexionar. O hemos de recuperar la honra perdida, ó quedaremos humillados para siempre.

TALBOT.—Estamos resueltos. Mañana peleamos. Desvaneceremos ese fantasma espantoso, que deslumbra y acobarda á nuestras tropas, lidiando personalmente con esa Doncella infernal. Si se pone al alcance de mi invencible espada, entonces no nos derrotará más en lo sucesivo; si no... y se convence de que esquivo el combate... se disipa el encanto del ejército.

LIONEL.—¡Sea así! Dejad á mi cargo, oh mi General, esa fácil lucha, en que no correrá la sangre. Me propongo apoderarme de ese espectro vivo, y en las barbas del Bastardo, su amante, lo traeré en mis brazos al campamento inglés para solaz de los soldados.

EL DUQUE.—No prometáis tanto.

TALBOT.—Si llega á caer en mis manos, no pienso abrazarla tan dulcemente. Venid ahora á restaurar con un sueño reparador nuestro natural cansancio. Mañana, al romper la aurora, nos levantaremos. (Vanse.)

ESCENA IV.

JUANA, con la bandera, con yelmo y coraza, y en lo demás vestida con arreglo á su sexo; DUNOIS, LA-HIRE, CABALLEROS y SOLDADOS aparecen en lo alto de los peñascos, descienden de ellos y se detienen en la escena.

JUANA. (A los caballeros que la rodean, mientras los soldados prosiguen adelantándose.)—Pasamos la muralla, y estamos ya en el campamento. Romped el silencio de la noche, que os ha protegido en vuestra misteriosa marcha, é infundid el horror en vuestros enemigos, anunciándoles vuestra llegada á los gritos de «Dios y la Doncella.»

TODOS. (Que dan grandes voces, y hacen resonar con estrépito sus armas.)—Dios y la Doncella! (Ruido de tambores y trompetas.)

LOS CENTINELAS. (Detrás de la escena.)—El enemigo, el enemigo, el enemigo!

JUANA.—Traed antorchas! ¡Prended fuego á las tiendas! ¡El furor de las llamas aumenta el miedo! ¡Que la muerte los rodee amenazadora! (Los soldados corren, y ella hace ademán de seguirlos.)

DUNOIS. (Deteniéndola.)—Has cumplido tu deber, Juana! Nos has guiado al centro del campamento, y has puesto al enemigo en nuestras manos. Retírate ahora de la batalla, y deja á nuestro cuidado su sangriento éxito.

LA-HIRE.—Gufas al ejército á la victoria, y llevas la bandera en tus castas manos; no manejes, sin embargo, la espada, ni tientes al falso Dios de las batallas, porque es ciego, y á nadie perdona.

JUANA.—¿Quién osará detenerme? ¿Quién trazar leyes ai

espíritu que me guía? La flecha ha de volar á impulso de la mano que la dispara. En donde haya peligro estará Juana, porque mi destino no es sucumbir, ni hoy ni aquí. He de ver la corona en las sienes de mi Rey. No habrá enemigo, que me arranque la vida, hasta que yo no cumpla las órdenes de Dios. (Vase.)

LA-HIRE.—Venid, Dunois! Sigamos á la heroína, y que vuestro pecho esforzado le sirva de escudo. (Vanse.)

ESCENA V.

SOLDADOS INGLESES, que huyen, y después, TALBOT.

UN SOLDADO.—¡La Doncella! ¡En medio del campamento!
OTRO SOLDADO.—¡No es posible! ¡No, jamás! ¿Cómo había de venir al campamento?

OTRO SOLDADO.—¡Por el aire! ¡El diablo la ayuda!

OTROS DOS.—¡Huid, huid! ¡Vamos todos á morir! (Vanse.)

TALBOT. (Que llega.)—Nada oyen... ¡No quieren detenerse! Rotos están todos los lazos de la disciplina. Como si el averno hubiese vomitado todas sus legiones de condenados, el pánico arrastra con su ímpetu al valiente y al cobarde; ni un pequeño pelotón puedo oponer al torrente de enemigos, que invade sin cesar nuestro campo... ¿Soy yo, pues, el único hombre sereno, y han perdido todos el juicio con la fiebre del miedo? ¡Huir de esos afeminados franceses, vencidos por nosotros en veinte batallas!... ¿Quién es esa invencible y terrorífica deidad, á quien favorece la fortuna de la guerra trocándola á su antojo, y convierte un ejército de cobardes ciegos en bravos leones? Una juglaresa, que representa el estudiado papel de heroína, ¿ha

de asustar á héroes verdaderos? Una mujer ¡ha de privarme de toda mi gloria militar?

UN SOLDADO. (Que entra huyendo.)—¡La Doncella! ¡Huid, huid, mi General!

TALBOT. (Derribándolo en tierra.)—¡Huye á los infiernos! ¡Mi espada atravesará á todo el que me hable de miedo y de cobardé huida! (Vase.)

ESCENA VI.

Descúbrese el fondo del teatro, y se ve el campamento inglés, presa de las llamas. Oyense los tambores, y unos persiguen y otros huyen. Poco después se presenta MONTGOMERY.

MONTGOMERY. (Solo.)—¿Adónde huir? Por todas partes nos cercan los enemigos y la muerte. Aquí el general enfurecido, que amenaza con su espada á los que huyen, y allá aguardándonos la muerte. Allí esa doncella terrible, que, como la hama, todo lo devasta... Y ningún matorral en donde ocultarme, ni una caverna, que me ofrezca seguridad. ¡Ojalá que nunca me hubiera embarcado para atravesar la mar, ay de mí, desdichado! Insensato fui en querer ganar fácil gloria en la guerra de Francia, y ahora el destino funesto me arrastra á esta contienda mortal... ¡Si estuviese en las orillas risueñas del Saverna, en la morada pacífica de mi padre, y en donde dejé, llenas de tristeza, á mi madre y á mi tierna prometida! (Juana se presenta á lo lejos.) ¡Ay de mí! ¿Qué veo? Allí aparece la terrible Doncella! Se destaca entre las llamas del incendio, á su luz siniestra, como si el averno vomitara uno de sus espectros en medio de la noche... ¿En dónde me refugio? Ya ha fijado

en mí sus miradas de fuego, y, desde lejos como la serpiente, me fascina y paraliza. Su mágico influjo encadena más y más mis pies, impidiéndome la huida. Aunque no lo desee, he de mirar fatalmente esa imagen, que da la muerte. (Juana da algunos pasos hacia él, y se detiene.) ¡Se acerca! No esperaré que sea la primera en atacarme. Suplicante abrazaré sus rodillas, y le pediré la vida. Es mujer, y quizás mis lágrimas la ablandarán. (Mientras él se aproxima, ella corre á su encuentro.)

ESCENA VII.

JUANA y MONTGOMERY.

JUANA.—¡Morirás, porque naciste de madre inglesa!

MONTGOMERY. (Cayendo á sus pies.)—¡Detente, Doncella terrible! No mates á un indefenso. He abandonado espada y escudo, y me postro á tus pies, desarmado y suplicante. Déjame gozar de la luz de la vida, y acepta mi rescate. Mi padre, dueño de bienes cuantiosos, habita en el país de Gales, por cuyos verdes campos corre el Saverna de ondas plateadas, y cincuenta aldeas acatan su señorío. Dará oro abundante por su amado hijo, si lo rescata vivo del campamento de los franceses.

JUANA.—¡Insensato extraviado! ¡Eres hombre perdido! Has caído en manos de la Doncella, que es implacable, y de la cual no hay que aguardar rescate ni salvación. Si tu desventura te hubiese llevado á las fauces de un cocodrilo, ó á las garras de un tigre real, podrías encontrar acaso castiga ó misericordia; pero en el mío, sólo la muerte. El espíritu, que me domina, inviolable é inflexible, me ha impuesto la terrible condición de dar muerte con mi es-